

25 años de exilio

El Nacional, 1964-11-14.

A mi padre, Pedro Ugalde; a mi padre político Francisco Martínez, muerto en el exilio, y a los demás exilados de la lealtad que me han dado la lección de su entereza.

Hace ya veinticinco años que llegaron a Venezuela los primeros exilados vascos. Entraron por La Guaira en el "Cuba" (unos 150), el "Flandre" (unos 200) y el "Bretagne" (unos 75) y en dos pequeñas lanchas de pesca, el "Donibane" y el "Bigarrena", mandados por el Capitán José María de Burgaña.

Este fue el primer núcleo; quinientas personas, casi todos hombres jóvenes sin familia, sin apenas ropa que ponerse y sin absolutamente nada con qué comer al día siguiente. Hoy, después de su cuarto de siglo, los vascos que vivimos en Venezuela somos más de quince mil, con centros sociales en Caracas, Puerto La Cruz, El Tigre, la Victoria, Maracaibo y Cumaná y con proyectos adelantados para Puerto Cabello y Puerto Ordaz.

Y ahora que los vascos de estas primeras expediciones que aún viven (porque son muchos los que han quedado sembrados para siempre en estas tierras) celebran los veinticinco años de vida venezolana rodeados de hijos y nietos nacidos en el país, repetirán la ofrenda de flores que hicieron en el Panteón Nacional hace veinticinco años. Así, como es tradición vasca, agradecerán el gesto generoso de haberlos aceptado en el seno de la familia venezolana.

Pero nosotros, los que éramos demasiado jóvenes para medirnos en esta prueba y llegamos a Venezuela un poco después tenemos en este aniversario, además del deber de acompañarles a la tumba de Bolívar, la obligación de rendir el homenaje de nuestra gratitud a estos hombres que arriesgaron generosamente su vida por defender unos principios de libertad que no son tan caros y que luego nos han dado la lección de mantenerse leales a su conciencia.

* * *

Vivimos seguramente en el momento de la historia de la humanidad en que el fenómeno de la transmigración ha adquirido un volumen y una dimensión social más trascendentales.

Estos desplazamientos de grandes grupos humanos se están originando por dos motivos principales: el económico y el político.

El desplazamiento económico es premioso, de enorme trascendencia social y merecedor de la mejor atención técnica y humana de quienes enfrentan la responsabilidad de su solución. Venezuela ha sido desde unos veinte años objeto de la atención y la ilusión, y de la apetencia, de muchos desplazados de otros pueblos. La

mayoría de ellos, la gran mayoría con la humanísima intención de encontrar en esta tierra el puesto de trabajo que les permite resolver problemas elementales de vida y de esperanza; es natural que entre tanta gente con buenas razones de emigrar haya llegado el contrabando avieso de la malicia y el crimen. En verdad, y aunque son buenas y necesarias las selecciones, es difícil que exista un cedazo que separe eficazmente la buena intención de la mala.

Pero con ser este desplazamiento tan premiso, pocas veces adquiere la apretada urgencia que produce la razón política y provoca un desquiciamiento social tan grande; sin olvidar la importancia de los exilios individuales, me refiero sobre todo a los desplazamientos en masa de gentes que, además de sufrir las consecuencias del completo abandono de sus bienes por la brusquedad con que generalmente se produce, viven la tremenda angustia que genera la quiebra brusca de un ideal y el temor de una represión física violenta.

Este fue el caso de estos quinientos vascos llegados a Venezuela en el otoño de 1939. No sólo se habían desangrado en la defensa de su suelo vasco, que lo habían perdido heroicamente en 1937, sino que habían continuado, como en una segunda guerra, la lucha en Cataluña hasta el completo desmoronamiento de las fuerzas republicanas. Les tocó, pues ponerse a salvo en Francia, y en condiciones muy difíciles, por segunda vez en dos años. Primero, escapando en luchas a través de un mar vigilado por la escuadra franquista; después, escapando a pie por los Pirineos Orientales. Por si ésto no fuese suficiente, ya había comenzado a caminar en Europa la máquina apocalíptica de Hitler, y estos exilados se veían envueltos en una como tercera guerra sin haber tenido todavía tiempo de salir del asombro y el terror de las dos que los habían dejado sin padres, sin mujeres, sin hijos, sin hermanos, sin casa, sin ropas y sin papeles con que poder dedicarse al lujo de trabajar para comer todos los días.

Así llegaron a La Guaira. no porque eligieron a un país rico de petróleo, porque la mayoría no había oído hablar hasta entonces de Venezuela; ni porque tenían aquí un trabajo asegurado, porque la mayoría no sabía si sus oficios podían encontrar empleo en la nueva tierra; ni porque aquí tenían una pariente o un amigo que los reclamase, porque después de la Guipuzcoana apenas hubo corriente migratoria vasca a Venezuela. Sino por eso, porque necesitaban una tierra, cualquier tierra, donde sentirse a salvo de una nueva guerra; porque necesitaban de alguna oportunidad de trabajo, de cualquier trabajo, con el que ganar para comer y comprarse alguna ropa, y para acumular alguna fuerza con que intentar el lujo de ponerse a hacer el balance de su familia, y comenzar a pensar en tener padres o tener hijos cerca otra vez, como en el lejano tiempo de antes de la guerra.

Esto fue Venezuela para aquellos quinientos vascos; una tierra de paz y de trabajo, y unos hombres que le tendieron su mano amiga cuando más la necesitaban.

Como recuerdo personal, guardo todavía el susto que me produjo en el colegio en que estaba recogido, en Francia, la noticia publicada por la prensa del hundimiento del "Bretagne" por un submarino alemán. En ese barco había embarcado mi padre para Venezuela hacia unos días. Sólo al cabo de dos semanas de rezar por mi padre muerto me enteré que el barco había sido hundido, sí, pero cuando regresaba a Europa.

Cuando alguna vez oigo la objeción que se hace a la lealtad venezolana de los "reencauchados" pienso, y lo digo, que esta de la lealtad es una facultad moral, que se posee o no, como ocurre con la sinceridad y con la honradez y que bien puede confiar los venezolanos en la lealtad de aquellos que por ser leales a su conciencia han sido capaces de arriesgar su vida y su hacienda en su tierra, y viven decorosamente un exilio largo de veinticinco años sin renunciar a su dignidad.